



CASAMIENTO

*de una vieja de 90 años con un
joven de veinticinco.*

Astro, cielo, sol y luna,
se oscurecen por no ver
aquel retrato en mi casa
que tengo por mujer.

La muerte le da vergüenza
de llegarla á conocer,
los niños de mi se burlan
y los demonios también

Todo el mundo me desprecia,
¡pobre y desgraciado Andrés!
si á la mar fuera por agua
te vinieras sin beber.

En ningún reino me quieren,
en ningún pueblo estoy bien:
si á comprar voy á la plaza
nada encuentro que comer.

Quisiera estar en presidio
ó de verdugo en Jaén;
ya fuera contrabandista
ó en Cádiz trepamulé.

De peregrino yo iría
al mismo Jerusalém,
por buscar quien se la lleve
donde no la vuelva á ver.

Porque creo que la mato
aunque me ahorquen después;
¿quién la quiere si se caga?
¡válgame San Rafael!

Si yo mismo no la quiero
y con ella me casé,
¿quién se quiere volvr cera
y verse como la pez?

Esto les pasa á los hombres
por causas del interés;
si ustedes me dan licencia

mi historia la contaré
para que tomen ejemplo
los que no tengan mujer.

Todos me escuchen atentos
sin mover manos ni piés,
ni sonarse las narices,
ni toser por ol revés.

Nací en Mairena, señores,
más arriba de Gonchéz;
fué mi madre señá pide,
mi padre no se quien.

Me crié con más fatigas
que un borrico puede tener;
fué mi oficio colillero
de tabernas y cafés,
pero salí un cifá
de los buenos para comer.

Entré en quintas, fuí soldado
en un batallón de pié,
y me encontré todos los palos
perdidos en el cuartel.

En un tambor boca abajo
tres veces me dieron cien;

del calabozo y del cepo
por milagro salí bien.

No estuve en más hospitales
que en Cádiz y Teruel,
el de Pamplona y Valencia,
el de Cuenca y Santander.

El de Sevilla y Granada,
en Córdoba me curé;
el de Murcia y Alicante,
el de Madrid y Aranjuez,
y otros diez, ó doce, ó quince,
que sus nombres no los sé.

Tan buena traza me di
que mandó mi coronel
que me diera la licencia,
que no me quería ver.

Llegué á mi casa muy bueno
para si había que comer;
me enamoré de una vieja
tía de Matusalém;
abrevió mi casamiento,
no se si me amonesté,

Fuí á la iglesia y me leyeron

un pedazo de papel
de un diario y me dijeron:
ya está usted casado, Andrés.

Nos salimos de la iglesia
y en la gente repare
un estruendo de cencerros,
de calderos y almirez.

La campana de la torre
creo llevaban también;
los demonios parecían,
pero la causa no sé.

Era para ver que la novia
no puede venir á pié;
busqué un borrico alquilado
y yo iba tirando de él.

La suerte de no matarla
fué que escapé á correr;
me metí en mi casa, y ella
acudió al neceser.

A la noche fué llorando
pero yo la consolé
cenando unas poleas
con dos cuartillos de miel.

Mandé que me hicieran la cama,
y al punto que en ella entré,
como aquél que tiene sarna
á dos manos me rasque.

¡Vaya un modo de picar!
cada pulga, como una nuez
y de las blancas, con rabo
lo mismo que un alfiler.

Viene mi esposa á acostarse,
se enrosca como un chusquel,
y en las patas más arrugas
que minutos tiene un mes.

Parecía su espivazo
una escalera de piés,
y disimulé mi pena
hasta que dieron las tres.

Principió á cagar, para ella;
ahora si que truena bien,
cagó cama y cobertores,
sala, alcoba, y la saqué
al corral medio arrastrando
y cagó hasta la pared;
cagó cocina y el patio,

y el pozo cagó también;
sí no la saco y la tiro
á la calle me marché.

Salgo al campo renegando
de la leche que mamé;
allí me estuve tres días
pensando lo que iba hacer.

Llegan los guardias civiles,
me amarran con un cordel
y me llevan á Mairena
á disposición del Juez.

El cual me da por sentencia
me junte con mi mujer,
y que me echarían á presidio
como la deje después.

Con política me dijo:
si no se caga, está bien,
pero si nó, la revientas
á palos y puntapiés.

Me fuí á mi casa ligero,
me junté con mi mujer,
pero la ato en el corral
y allí la doy de comer.

No hay mal que por bien no venga;
ahora pienso vender eien
carros de estiércol á dure
que los llenaré en un mes.

Estercola prado y viña
sin levantarse de piés
vivo en lujo como quiero:
aprender á casarse bien.

La nariz anda muy buena
pero la panza anda bien;
así pasé yo mi vida
porque han de saber ustedes
que el que nace desgraciado
hasta el morir lo ha de ser.

Y á mis oyentes les digo;
el casamiento de Andrés,
aquel que quiera saberlo
dos cuartos vale el papel.

Impreso en Madrid.